

# C UENTOS PARA TARDES FRÍAS

AUTOR:  
GIOVANNI M. ALGARRA GARZÓN

# DIFUSO

Hebi nigete

ware wo mishi me no

kusa ni nokoru<sup>1</sup>

*Kyoshi*

Cuando un hombre es difuso se riega sobre las hipótesis y no confirma ninguna. Seguramente te gustaría odiarlo, quererlo, olvidarlo, amarlo, pero nada de eso es posible porque un hombre difuso se fractura en el tiempo y se vierte en el espacio como el café que regamos en la mañana y deja el aire impregnado de un aroma provocador. Sus palabras no resuelven dudas sino que las hacen más intensas. Nada es una respuesta, todo se convierte en una incertidumbre mayor. Cuando un hombre es difuso habita serenamente en los recuerdos, pero ninguno es suficiente para mostrarlo íntegramente. En algunos momentos los hombres difusos parecen ser fruto del delirio, meros fantasmas creados por una voluntad inquieta que se ha quedado con una zapatilla de cristal como única prueba de una noche lancinante.

Cuando un hombre es difuso ya no está en un lugar, habita el bajo puente donde por primera vez lo viste con sus gafas simples y naranjas que parecían tan inapropiadas pero, que a la vez, no las puedes arrancar de tu memoria; aún está abrazado a ti en un bar dándote un beso, aún lo tomas de la mano en la calle fría, aún le das de comer y lo embriagas un poco para perderte en el deseo que provoca su cercanía... todo eso ocurre al tiempo y no confirma nada, ni niega nada.

Un hombre difuso es una verdad que no sabemos bien para qué sirve, pero nos regocijamos en saber que allí está en nuestras manos, como un diminuto meteorito de colores que presupone un mundo... un mundo inalcanzable. En algunos momentos queremos que esta pieza efímera se convierta en una concha grande que al ponerla al oído aún nos susurre algo...

Un hombre difuso es una promesa, una certeza, una rareza, una forma de la sinrazón.

<sup>1</sup> Huyó la víbora  
pero en la hierba quedan  
sus ojos fijos

# ARAÑAS

Leí la noticia de una mujer China que tenía un zumbido en su oído izquierdo que se fue profundizando y haciendo más intenso. Al poco tiempo un picor insoportable la llevó a tomar medidas. Fue directo al hospital Changsha Central. Tras una revisión rutinaria encontraron en su cabeza un hermoso arácnido. Las fotos que se lograron con un aparato de rastreo lo muestran con unos ojos muy vivaces, algo emocionado por la repentina fama. No se le ve perturbado a pesar de la intrusión. Nos da la bienvenida al hogar que cuidadosamente construyó desde el pabellón de la oreja. Un pasaje hermosamente tapizado nos conduce a una galería en donde trabajaba esmeradamente para conquistar otros sectores del oído izquierdo.

Ni la mujer, ni los médicos trataron con cuidado al inquilino. Sin mostrar algún respeto, ni una orden de desalojo, lo sacaron a la fría calle por medio de una solución salina que terminó por matarlo y destruir por completo su hogar. Un caso doloroso que no necesita tener siempre ese final. Pues en el Democrat Herald un niño tras percatarse de un zumbido constante en su oído llegó a la clínica en donde descubrieron ya no una araña, sino dos. Lamentablemente una cuidaba del cadáver de la otra. Fue una escena difícil de digerir para los presentes. No sabían si guardar luto antes de usar la solución salina. Quien decidió la cuestión fue el niño. No aceptó ningún maltrato para aquellos seres que como él habitaban ese cuerpo. Defendió el derecho de hacer con aquello que estaba inscrito en él lo que quisiera. Así que pidió moderación y cautela. Los médicos tuvieron cuidado con los diminutos animales para extraerlos en las mejores condiciones. El niño cuidó bien de la araña viva y le dio cristiana sepultura a la muerta. Lamentó, no obstante, aquella mancomunidad que descubrió por el susurro de los lamentos de aquella. Ya nunca tendría la arañita de nuevo la confianza y valentía para intentar de nuevo una empresa semejante. Así que el niño no la puso más en su oído. El impasse emocional llevó a que la sobreviviente tuviera una vida corta. El niño guardó silencio aquella tarde demasiado naranja en la que su coequípera murió.

En mi caso el constante ruido y movimiento en mis oídos y mi cerebro no se detiene y no busco que se acabe. Con el paso de los años ya un ejército de seres habitan mi cuerpo. No tengo envidia. Como ellos, no tengo un derecho superior sobre esta extraña cosa cartilaginosa y caliente. Compartimos este hábitat precario y por ahora bastante cómodo. En algunos casos dejo el mando a alguno de ellos. Tienen temperamentos variables y cuerpos curiosos. Algunos

cuentan con patas o manos o simplemente reptan. No dejo de maravillarme cuando alguno llega corriendo con la noticia de la llegada de un nuevo compatriota a esta nación húmeda y tibia. De hecho, ya no me recuerdan, en muchos casos tengo que esperar meses para regresar a tener un día provechoso con mi sello personal. Pero alguien ya espera su turno. En estos momentos escribo esto con rapidez porque puede ser considerado revolucionario y por tanto muy peligroso para la comunidad que habita mi cuerpo. Nadie quiere ser expulsado y que se dé noticia a los medios de tan singular despropósito.

Realmente no lo hago para alarmar a la comunidad científica y ponerlos a preparar ingentes cantidades de solución salina. Lo hago porque me siento sólo después de todo. Antes las cosas daban la ilusión de unas amistades entrañables... en las entrañas. Fue sólo que dejara el mando para que nadie quisiera compartir un momento de juego o de charla amena. Todos los habitantes de mi cuerpo se agazapan celosos esperando tras los muros para tomar el control. Algunos quieren durar más de lo acordado y son echados aparatadamente y muchos marginados. En estos momentos me seguirá un ser arrogante, sabelotodo, que se pasa la vida viendo con sorna a los demás, siendo demasiado cínico. Realmente es el que más tiempo dura en la sala de mandos. Allí tranza con los demás y lo dejan hacer lo que quiere. A mí me molesta que no respete lo dicho entre todos. Ya no hay moralidad en este pequeño mundo y creo que con otros que como yo están molestos, buscaremos un derrocamiento. Pero temo que suba un ser más egoísta que él, un calculador que no tiene el coraje para decir nada, pero que aprovecha nuestras reuniones para mostrarse con liderazgo. Sé que es un pusilánime que logra engatusar a todos los coludidos para el magnicidio.

No les puedo mentir, será un asesinato. Estamos buscando las cantidades suficientes de solución salina para que salga de una vez por todas por el oído derecho con todo y su putrefacto gobierno. Sin embargo hay escollos enormes, pues tiene esbirros inteligentes que saben de motines y estratagemas y le susurran recomendaciones adecuadas. Ni siquiera nosotros sabemos si todos los alterados son leales a la causa. Tememos que tengamos un delator y seamos nosotros los que salgamos volando por una fosa nasal hacia la nada. Pero contamos con el porvenir. Tal vez cometamos errores y todo termine mal, pero nos recuerden como héroes y algún día nos hagan honores en un día específico del año.

Ya se acaba mi tiempo. Se escuchan cerca voces y tengo que salir. Tengo un poco de miedo por lo que pase. Esto me despierta un recuerdo. ¡Otro derrocamiento! Pero fui yo quien lo acometió hace unos años. Entré por el oído de un niño y gracias a su generosidad infringí el crimen con mis ocho patas, tenaces y ahora blanquecinas y quebradizas. Ya no recuerdo por

qué dejé entrar a todos. Creo que debió haber sido porque es muy sola la vida de un dictador y un asesino. Seguramente ya se dieron cuenta de todo y es mi turno de morir por exilio.

## CON LA MIRADA DE H. MICHAUX

¿Cómo explicártelo? Ocurre que en la mañana ves bajar una motita, esa pelucita blanquecina, que realmente no existe, es la mera forma de algo que podría ser, pero simplemente cae, es un fragmento pequeño de la nada que se viene abajo, como la miga de pan. Entonces te le quedas contemplando y de repente, de prestarle tanta atención, te vuelves más sencillo, más precario, te subes a la motita de nada y dejas caerte, pero no te caes y zúpale! que una tromba de viento te arrastra y te lleva lejos y tu aferrado con dedos uñas y pelos a la motita terminas encontrando un hogar allí. Bajo la motita se agitan ciudades diferentes, otros continentes. Pero realmente no te has ido ni te has quedado. Estas allí en la motita con seres pequeños aferrados a ella... gente que se ha quemado la cara o que simplemente dormitan...

## DEL MAR

La noche se agita y de ella sale él.

Pero no es realmente él. ¿Cómo decirlo? Es una especie de bacteria babosa y lánguida que poco se diferencia de la sustancia marina que se deposita en las piedras para quedar allí un rato como un enorme escupitajo.

Empecemos de cero: de ese vientre monstruoso y nocturno que es el mar se empieza a sentir un pulso que golpea las tinieblas. Ese vacío de identidad se hace más denso, propenso a comportarse de manera distinta al todo. Vibra por sí mismo y se va diferenciando, tejiendo distinciones. Pero es difícil después de todo saber dónde inicia y dónde termina.

Si el mar es ese mundo común familiar en donde nacemos, entonces es preciso arrancarse del vecindario, de la ciudad, de la región, del país, lograr erguirse de todo ese fondo de mar verdoso para salir a flote y seguro eso te transforma en algo disímil. Te obliga a sacar pequeñas fibras móviles de ese "cuerpo" que casi no es algo, para nadar, para avanzar en cualquier

dirección. La travesía te hace un poco plasmodio, un poco bacteria. Ya casi llegas, pero no has llegado. ¿A dónde vas? El sol sigue arriba, distante y sin embargo hostil y doloroso.

Pasan los años y sientes que algo te hala a las profundidades abismales. Te sientes desgarrarte y tomar prestado de otros vecinos sus patas, sus ojos. Se los arrancas; le quitas la boca a uno que va cercano agitándose vital, mucho más animado que tú.

Hay vas, robando la existencia a otros, chupando su materia viva. Perdiendo miembros en tu camino como un trasbordador espacial. Cuando el agua se hace tibia te encabritas, gimes y no pierdes un segundo para llegar a la superficie de todo esto. En el momento que vas a salir te tropiezas con esa película acuática de la tensión superficial. Esa tensión que es un paso, pero implica una transición a otro mundo. Es una película cristalina que es casi esa otra realidad, pero no lo es. Allí habitan muchos pero no te lo permiten. Quieres saltar, pero te tardas mucho en transitar ese límite invisible.

Tras un salto mortal quedas allí sobre una piedra como un vomito demasiado acuoso, demasiado mar todavía. Quieres parar allí pero ya tienes que arrastrarte porque el oleaje está muy cercano. Y no dejas de notar que sigue muy cercano, que no deja de estar atrás tuyo, reclamándote. Pero te engastas en una roca y no te sueltas. Ahí te vemos, pegado a esas rocas tratando de engañarnos con sus movimientos absurdos para indicarnos que ya caminas, que ya saltas, que ya corres por las praderas. No obstante muchos sabemos que no eres nada o casi nada, uno más que de un mar cae a otro, al del aire y te faltaran más que bríos para salir de este.

## LA VENGANZA

El perro estaba cansado de vos y de mí, de la miseria de un pedazo de manta al costado extremo de la habitación donde pernoctaba; de la indignidad de verte follando a cuanto tipo se te cruza, de sus lágrimas no permitidas en nuestra presencia, de su soledad estéril con ese juguete lacónico que era una botella plástica que mordía de forma maniaca... y sí orinó plenamente tu cama hasta llenarla de sí mismo, de su presencia plena a sabiendas que era el lugar más prohibido de la casa, al final sonrió y se fue a su lecho.

# OBDULIESCO

Supongamos que estamos en Bogotá, puede ser Caracas, Filadelfia o Barcelona. Pero Bogotá en la tarde, después de la lluvia, tiene algo de reconciliación, de segunda parte, de puede ser un buen día aún, de inclusive y no puedo negar que eso era lo que estaba en el aire ese día. En un café repleto de gente en, tal vez, la Candelaria, quizá el Café Pasaje, está Juan y Juliana. Allí digamos que se ríen de todo. Entonces hablan mal del gobierno de turno y sin demora Juan se le ocurre nombrar a esas personas que un chico malo de la salsa política le ha mencionado como grandes figuras de la oposición. Cada trago se pone la pareja más cáustica y más hereje, más blanda para el fogón de las brujas. En ese trance Juliana suelta una carcajada larga, que la manda para atrás. Al reponerse podemos imaginar que ve a uno de los miembros del gobierno, un tal, supongamos que Horacio, pero mejor bauticémoslo Obdulio, suena más Obduliesco. Entonces a Juliana se le desaparece la risa. Pues esos ojos enormes están posados en ella y la desbaratan, las desclavijan. Su rostro descompuesto lleva a Juan a descubrir el terrible hallazgo. Regresan su mirada y la posan uno en el otro. Saben que ya no deben estar allí. Ese ser lleva el halo de maldad de los esbirros fieles como perros de la reserva del tirano de turno.

Salen despacio del Café y es demasiado tarde, aunque el cielo aún está naranja.

Los días traen paz hasta los primeros incidentes. Personas que los siguen en la noche, llamadas con murmullos ininteligibles, manchas de pintura roja en la puerta de sus viviendas. Acaso todo esto ocurre en Colombia o en Macedonia o en Chipre o en Chihuahua, no es claro, pero sabemos que la tormenta del riesgo y la vulnerabilidad se hacía desproporcionada y fija en donde sea que se hallaran. Juliana reaccionó a esa conmoción de los elementos de su status quo con lágrimas en los ojos y altos gritos; se desprendió sin ganas del cuerpo amado para caminar arrastrando los pies sobre el puente aéreo internacional, como si fuera la milla verde. Al perderla de vista Juan se desplomó y trató de arrancar el mármol del suelo con sus uñas. Ya ese país no era más que una trampa y también él recorrió después esa milla.

# PEQUEÑO SER

Hay un pequeño ser volador, diminuto, que alguna vez vi asomado por detrás de una de las cortinas y casi por error lo vuelvo añicos pensando que era una chinche o algo así. Con el paso del tiempo me doy cuenta que insiste una y otra vez en aproximarse a mí y me llega la sospecha de que puede ser un mensajero, un habitante de otro lugar, una forma de existencia inteligente que no comprendo, que no logro comprender y que no tengo tiempo para comprender; el mismo hecho de saberlo es dramático y triste, por qué no me tomo el tiempo de escucharlo. ¿Por qué no saber si de veras puede haber un vínculo, una conexión que me lleve a los ocultos mensajes que trae para mí?

Acaba de llegar nuevamente volando, sosteniéndose en el aire, agitándose, tratando de aproximarse, de entablar un contacto y yo nuevamente lo dejo afuera agarrándose precariamente de un cable y me doy la vuelta casi con desdén, pero con un poco de dolor, porque en el fondo quisiera abrir la ventana, que entrara, arriesgarme a lo que pase. He pensado a veces que si lo dejo entrar destruirá de algún modo el orden de mi hogar, de las cosas que tengo y que para mí son sagradas, que infectaría ese espacio vital. ¿Qué tal si lo único que quiere con su revoloteo de alas, es desordenar mi estatus quo y quedarse aquí para no salir más? Así que mejor no, que se quede afuera donde solo lo puedo mirar indefenso, con la belleza de sus alas cristalinas, pequeñas y brillantes, sosteniéndose en el viento.

# ETHOS DEL MAL

Cuando estuve frente a él vi su mirada atónita e infantil que le daba a su rostro un aspecto clerical y afable. Cuando me entregó el diploma lo entendí vulnerable y sentí su mano fría y seca que apenas si apretaba a la mía, como una característica de elegancia congénita. Realmente me pareció precario, minúsculo y hasta agradable. Al verme a los ojos pensé que él sentía vergüenza.



Ahora que ha pasado el tiempo se le ha juzgado de déspota y criminal. Le han llamado paramilitar y le han atribuido las contrariedades que llevaron al país al borde de sendas guerras internacionales con los desheredados Estados vecinos. Ya para el tiempo del apretón de manos era tal vez el presidente más popular de cuantos había habido allá, en el sur; quien había conducido al país a financiar una estructura militar tan sofisticada que los servicios de entrenamiento para escuadrones contra secuestro, desactivación de bombas y contra guerrilla no daban abasto por los pedidos para bases militares de todo el mundo.

Por ese entonces algunos entusiastas le llamaron “mecías” porque logró rápidamente despejar las peligrosas carreteras interdepartamentales con caravanas repletas de motociclistas del ejército y helicópteros artillados.

El bochorno de los años de guerra nos hacía guardar silencio ante las acciones duras y crueles de aquel presidente. Como si la mayoría esperara que hiciera el trabajo sucio para luego juzgarlo.

En mi vida no había visto alguien con características tan contradictorias. No sé si ese debía ser el aspecto de cuantos dictadores y tiranos habían gobernado el mundo. De hecho, no podía asegurar que ese cándido e indefenso hombre fuera el mismo al que se le atribuía la construcción de una parcela enorme del infierno en la Tierra.

“A ese país le germinó un ethos del mal”, me dijo Ambrosio Sierra mientras se tomaba una copa de pacharán que se había robado de la barra.

Recuerdo que aquel día se había acercado a nosotros una chava vizcaina, hermosa, de ojos color miel. En un lapsus extraño para las vascas fue decidida y le habló a Ambrosio, “¿Eres de Colombia? Tienes ese suave acento del castellano de Bogotá.” Ambrosio la miró con sus ojitos pequeños y su sonrisa de borracho. La vio completa, impudicamente y le contestó: “Claro que no, hay que matar a todos esos hijueputas”. La muchachita abrió sus ojos y se sintió muy incómoda, como si hubiera intentado acariciar un perro hermoso, de esos que pasean las personas por las playas para que la arena ayude a solucionar la asquerosa responsabilidad de meter su mierda caliente y churrienta en una bolsa, y al acercar su inofensiva mano le hubiera clavado un mordisco al cual no pudiera responder con el muy terapéutico: “hijo de tu puta madre, cabrón, perro pirobo”, y tuviera que sonreírle a la dueña, o hacer una mueca que indicara una risita cortés, para que fuera ella quien lo sancionara. Ya esos modales de Ambrosio me habían dado buena fe de su incapacidad para obtener sexo que no fuera por dinero en el Paseo

de las Rumanas en Madrid, a quienes les prometió sacarlas de la prostitución y ponerlas a trabajar en un negocio de empanadas en Ibagué, o con alguna que otra erasmus borracha, muy borracha, que se dejara pillar sin preguntas y respuestas a nada.

Ambrosio se dejaba perder en los brazos del pacharán, revuelto en su estómago con cerveza barata y cócteles a medias, que descuidaba la gente en sus mesas o en la barra, para ir al baño. La vida en Colombia lo hizo un hombre sin futuro, sin moral y muy chistoso. Pero si había algo que lo enlutaba hasta la desazón total era aquel presidente del que le hablé.

A pesar de los diferentes que podíamos ser, nos ponía malos a los dos ese dirigente de pacotilla que había hecho que no quisiéramos volver a ese terruño repleto de cadáveres.

## GUERNICA

Recuerdo a los dos expertos en la historia de Guernica que me explicaron amablemente lo ocurrido. Uno tenía el cabello levemente amarillo y esponjado con un bigote enorme blanco, al otro las canas le cubrían por completo la cabeza, pero se le notaba a todas luces una vivacidad y pasión que le faltaba al primero que era más bien observador y un poco tímido. A ambos los cruzaban unos 50 años.

Caminamos frente a la iglesia principal de Guernica en donde ocurrió que el primero señaló con el dedo el campanario, como viendo algo allí apostado, y me dijo: "desde allí un observador daba la alerta sobre la cercanía de aviones militares". El segundo afirmó, con unos ojos enormes, que luego las empresas hacían sonar unas sirenas que ponían en alerta a los vecinos y la movilización dejaba a Guernica desierta.

Era obvio que hacían ese pequeño número desde hace años para darle algo de emoción y credibilidad al relato que contaban de un poblado más bien tranquilo y solitario. Uno de esos lugares que se le ocurren a uno totalmente inexpugnables por ser totalmente anodinos para cualquier enemigo.

La amabilidad y camaradería con la que recorrieron la ciudad para mostrarme las copias de archivos alemanes y británicos me permitió una licencia. Les dije que si tenían que el episodio del bombardeo fuera con el tiempo borrado o hecho un fantasma histórico. Se miraron entre ellos por una pequeña fracción de segundo y luego el cano me respondió que ellos tenían

fotografías, copias de testimonios de aviadores alemanes, algunas piezas de artillería aérea y un facsímil de la obra de Picasso firmada por el mismísimo genio para dar fe constantemente del Hecho Espantoso.

No pude dejar de darme cuenta que mi pregunta los ofuscó. Así que les invité una caña para relajar los ánimos. Al llegar a una taberna muy iluminada y con una barra repleta de pintxos puse el dedo en la llaga sin querer. "¿Recuerdan el libro de Ruperto Vallejo?!" No necesitaron mirarse esta vez, ambos bajaron la mirada. El rubio no la subió más. El cano tomó la palabra casi como si mi silencio se la quitara. Con un cambio en el tono de la voz y el ceño fruncido me dijo que Vallejo era un mentiroso que convertía a Guernica en nada. No tenía idea de los datos que ellos dos habían recabado, que inventaba todo a través de un par de visitas de turista que dio para terminar sabiendo menos.

Luego guardó silencio. Después de tomarse un buen sorbo de cerveza y como si temiera que yo pensara que el asunto era meramente académico, me dijo con una euforia creciente: "ese tío viene aquí y dice lo que quiere, usted por lo menos nos invita una cerveza y nos trata con respecto, él pasa derecho contorsionándose como una vaca adolorida de 200k kilogramos por estas sagradas calles de la memoria vasca. Luego se va a España a escribir lo que su torpe memoria le indica. No tiene datos, no tiene testimonios, ¡no tiene nada! Nosotros en cambio hemos recogido todo lo que hay que saber, somos la fuente de la historia." Me miró y en sus ojos me di cuenta que la ira los habitaba y continuó: "No sabe cómo nos respeta la gente, nuestro trabajo es bien recompensado por el agradecimiento sin fin de los niños y los ancianos. Nuestros paisanos nos ofrecen un buen pinchopoteo. Todas las mañanas nos turnamos para trapear el piso con jabones de marcas locales para crear una atmosfera de higiene histórica. ¿Todo esto para qué? Para que llegue ese gordo de Madrid con su olor a cerdo viejo que denuncia la corrupción de su alma de investigador. No bien apareció en el horizonte con su camisa holgada, colorida y sudada como una sábana de prostíbulo, cuando ya tenía escrito un tratado sobre el bombardeo y a punto de ser el libro más vendido del año. ¡Los engañó a todos! Ese tío nos fastidia, nos cabrea..."

Al terminar se bebió la cerveza mirando la nada con furia como si ante él estuviera Vallejo mirándolo a través de la ventana sucia. Yo acompañé ese silencio incómodo con el mío propio, más tranquilo y sereno. Pensé en el texto de Vallejo y no encontré ninguna frase que negara o afirmara algo que me hubieran dicho los dos investigadores de Guernica.

Al salir del local me tendieron la mano con una sonrisa y me prometieron publicar un libro que desmentiría lo dicho en el de Vallejo.

Eso recuerdo de mi visita a Guernica.

# UN TRISTE SUCESO

Sin lograr precisarlo muy bien la atmósfera se había enrarecido con extraño olor que confundió mi olfato y lo hizo perderse en horribles asociaciones nauseabundas. Sí... Nuevamente mi perra se había peado.

En esas ocasiones no hubiera dudado en cocerle el culo, para no permitir de nuevo semejantes sentimientos penumbrosos y de ultra tumba que provocaba en mi alma frágil tales olores intestinales de mi perra cochina.

Su cinismo era irreparable, siempre veía a la distancia que antes de dormir la susodicha y malcriada perra ponía su culo en dirección a mí. Sin tener misericordia con mi espíritu frágil apuntaba ese orto pleno de fumarolas venenosas a la atmósfera de mi aura. No otra crueldad había yo visto en el mundo, esa mirada tranquila y tierna ocultaba malas intenciones que se desataban en medio de la noche cuando mis más sublimes pensamientos aparecían en mi mente. Era un atentado apestoso a la poesía, a lo más elevado, de un ser envidioso.

A pesar de alimentarla con comida procesada el olor de sus gases era incalculablemente más dañino que cualquier preocupación previa que tuviera. Toda mi atención se concentraba en ese sonido efímero que era el anuncio de un triste suceso.

# CULERO

Al Llegar el tren naranja de la Ciudad de México a la estación Indios Verdes, pasó frente a mí como una ruleta rusa, con un destino diferente en cada vagón. La puerta que me quedó más cerca me resultó a mi intuición una trampa, decidí por una más alejada. Al entrar me senté en una de las múltiples sillas vacías y esperé llegar a la Estación Universidad lo más rápido posible. Pronto me atrapó un sueño pesado. Ya entrando a Coyoacán sentí que alguien jalaba mi cabello. Casi sin abrir los ojos vi un pequeño que se reía tras de mí. Tomé el hecho como algo pasajero y trate de conciliar de nuevo el sueño, pero antes de que eso sucediera ocurrió otro manoseo de mi cabello por el infante. Sintiéndome harto voltee a ver la persona que traía al niño y me

encontré con que era una anciana que lo miraba amablemente sin corregirle. Así que esperé un nuevo contacto para tomar por mi cuenta el asunto. Apenas sentí sus manitas de niño de unos 6 o 7 años me volteé y le dije con contundencia, pero sin gritarlo "¡basta!". Me resultó satisfactoria tal acción y traté de dormir, pero ya no podía.

Un poco más adelante, en la estación Copilco, cuando tenía la mirada fija en la nada, sentí que alguien me golpeaba con una bolsa. Era la abuela del niño que antes de bajarse me grito alrededor de cinco veces "culero, métete con uno de tu tamaño, a ver si te bajas para romperte tu madre". Lo único que atiné a contestar en medio de mi sobresalto por no esperar esa respuesta de mi acto fue "tranquila señora, si no lo corrigen de niño, luego lo tendrás que visitar en el cárcel, ¡agradézcamelo!". Al tiempo que la abuela me mostraba su ira, un hombre que viajaba al lado de su esposa se levantó para fungir de escolta de la vieja. Cuando el tren cerró las puertas y continuó, el señor se mantuvo de pie. Cuando llegamos a la última etapa de mi recorrido, el hombre se dirigió hacia mí sin darme cuenta, me asestó un violento golpe en el estómago y me dejó tirado en el suelo escupiendo sangre y totalmente perturbado.

Me sentí algo divertido por el absurdo rumbo que tomó el asunto del niño, pero algo de frustración y desasosiego contaminó por último mi feliz alma. Me mantuve unos minutos en el suelo sintiendo la náusea que subía lentamente por mi tráquea. Con la boca caliente y llena de sangre y el estómago adolorido y revuelto, me levanté sin mirar a nadie. Caminé encorvado lentamente.

## RÍOS

Le gustaba sentirse mojada y humedecer a Alberto. ¡Deliciosa humedad caliente que bajaba de sus entrañas y salía para que la bebiera su amante! Ella sonreía mientras él se alimentaba de su cuerpo. Sentía su lengua tratar de entrar a lugares recónditos, sus manos apretar cuidadosamente sus senos para extraer algunas gotas de su leche. Se sentía como un manantial nutricio, una fuente de salud y felicidad. Se sentía tan feliz de ser mujer.

Era imposible detenerse por su propia voluntad, se deseaban tanto. Lo único que los frenaba era el efecto en ambos cuerpos de la saliva y el roce que hacía que se enrojecieran sus genitales y la irritación hiciera imposible continuar. En ese momento venía una ducha caliente y un pequeño sueño reparador.

Ella despertó primero y se levantó a ver el río a través del balcón, el serpenteante Bidassoa. En él algunos deportistas hacían carreras en canoas y otros simplemente contemplaban el resplandor del agua. Ella sólo tenía la camiseta de Alberto con un curioso y sobrio estampado de una representación de una pieza de oro de una comunidad Muisca. Ésta le bajaba hasta la mitad de sus muslos y ocultaba su sexo. Así que salió confiada por el balcón y la bocanada de aire caliente le obligó a cerrar los ojos y sentir el verano como una primicia. Al abrirlos no vio al Bidassoa, vio otro río, de aguas negras que se desbordaba en un paraje de clima frío. El agua oscura se tragaba campos enteros de papa y pastizales para el ganado. La sorpresa de tal imagen la obligó a dejar de ver, pero era demasiado tarde, la imagen estaba dentro de ella. Entonces se permitió observar. El río crecía en el contexto de una lluvia recia, implacable, que no mermaba y caía pesadamente sobre los vacunos que mugían sin parar. Los pequeños becerros asustados se pegaban a sus madres, pero el agua tórrida no tenía compasión y llegaba a todos lados y agitaba las los arbustos y golosamente se llevaba a los perros y los gatos. Las vacas grandes estaqueadas en el lugar de la sorpresa se mantenían incólumes, pero sus becerros eran puestos patas arriba. El agua adquiriría un poder sin igual y gracias a sus músculos líquidos y enormes, cargaba en sus hombros todo lo visible. La macha de agua negra se tragó hectáreas de tierra fértil y animales, las poderosas vacas, expertas en estabilidad, empezaban a sentir la venganza del agua por no dejarse llevar, se sentían ahogarse. La lluvia persistente no dejaba esperanza, las vacas estaban sentenciadas a muerte.

Suavemente el río llegaba a las casas de los campesinos e impertinente y abusiva se metía por las salas y habitaciones mientras sus habitantes víctimas del espanto chillaban y se subían a sus mesas. La inundación no terminaba de alcanzar sus límites, aún estaba lejos de eso.

Olatz observaba estupefacta. ¿Por qué le llegaban esas imágenes de pesadilla? ¿Existe ese río o es un producto de una imaginación alocada? Ya escuchaba atrás de ella, en la habitación, que Alberto se despertaba.

## AMANTES

Lo más cagante fue verlo con sus dos amantes. De veras Mirna que me genera un nudo en la razón. Pues las dos eran idénticas a mí, pero en periodos distintos de la vida. La primera una

adolescente fresca, con piel de durazno y seguramente un coño de sabor a fresas, un manantial delicado, tal como me veía al espejo hace 15 años. Tan dócil y sumisa, tan entregada.

Verlo con ella me llenó de un coraje negro porque sabía que fue un periodo de belleza desbordada y de ingenuidad plena. Sabía que él haría con ella de todo, la estaría sodomizando, haciéndola una ninfómana, su gata, entregada sólo a él. No hay periodo más envidiable en mi vida.

Dime Mirna, ¿no crees que debo estar iracunda? Sé que ella soy yo de alguna manera. Que eso demuestra el amor de Luigi por mí, un amor que trasciende la particularidad que soy, el momento de una vida que represento, el instante que no puedo evitar.

Mirna, si sólo fuera ella, pero la segunda amante es la idea que tengo de mí misma en el futuro. Tal vez en unos 10 años. Una adulta muy elegante, muy inteligente, muy ecuánime, muy exitosa. Verlo en sus brazos como un pequeñín casi me hace perder el juicio, saber que ella le dice lo que aún no sé, las ideas más refinadas de lo que ahora es un esbozo, un garabato. ¿Cómo soportarlo?

Esas dos amantes me dejan en medio de mis mejores momentos, en medio de todo lo que seré históricamente hablando, en un periodo tan indigno.

Ya no se Mirna. ¿Qué hacer con todo esto? ¿Cómo decir cualquier cosa sin sentirme superada por la segunda, cómo desnudarme sin sentirme vieja gracias a la primera? ¿Cómo hacer para no proyectarme en ellas? Es que, debo aceptar que ellas son ya parte de él, pero de alguna manera parte de mí... la primera, la segunda, yo misma qué más da, si al final no haré más que verlo y unificarme con ellas; crearé una fórmula exacta que me guíe al encuentro con mis otras yo, la del pasado, la del futuro y que se unan con la que soy en el presente.

Pero es que al final, él nos necesita a las tres, en ocasiones necesita sentirse un master de la seducción, todo un cazador. En otras, prefiere ser un niño desprotegido que necesita de todo el cuidado, la ternura y el cariño; y otras, necesita una igual, esa soy yo en el presente Mirna, su igual, su holding, en donde puede llegar y sentirse creativo con toda esa energía que se le desborda por los poros. Pero aun así siguen en mi los celos de la que fui y de la que seré, y la frustración de no ser las tres ahora mismo me provoca una rabia, que se convierte en urticaria y me rompe la piel, volviéndome aún más lejana de ambas, pues la yo del futuro no se deja llevar por estas emociones desbordadas, es tan ecuánime ella, tan segura de sí misma que si Luigi la llegara a dejar no se derrumbaría como yo. De la primera ni te cuento, con ese

cuerpo perfecto que exhala juventud, delgado, sin una sola señal de celulitis ni estrías en su piel color melocotón; ¿qué soy yo al lado de ella? con mi urticaria que deja marcas por todos lados y mi carácter hostil de las mañanas al despertarme con la saliva impregnada en la mejilla, que reposa sobre su dorso todas las noches. En fin... ellas yo, el pasado, el presente, el futuro, las tres en una sola presencia del tiempo sin límites nos entregaremos esta noche a la idílica sensación de ser una sola ante su presencia...